

## PERSONAJES DE ESTA PRIMERA PARTE

---

ISIDORA RUFETE, protagonista.

MARIANO RUFETE, su hermano.

LA SANGUIJUELERA, tía.

AUGUSTO MIQUIS, estudiante de Medicina.

JOAQUÍN PEZ, Marqués viudo de SALDEORO, hijo de

DON MANUEL JOSÉ DEL PEZ, Director general en el Ministerio de Hacienda.

DON JOSÉ DE RELIMPIO Y SASTRE, espejo de los vagos.

DOÑA LAURA, su esposa.

MELCHOR DE RELIMPIO...

EMILIA..... } hijos.

LEONOR..... }

LA MARQUESA DE ARANSIS.

EL MAJITO, niño.

ZARAPICOS y GONZALETE, pfearos.

TOMÁS RUFETE.

EL SEÑOR DE CANENCIA.

MATÍAS ALONSO, conserje de la casa de Aransis.

UN CONCEJAL.

UN COMISARIO DE BENEFICENCIA.

MI TÍO EL CANÓNIGO (que no sale).

Hombres y mujeres del pueblo, niños, Peces de ambos sexos,  
criados, guardias civiles, etc.

---

La escena es en Madrid, y empieza en la primavera de 1872.

## LA DESHEREDADA

---

### PRIMERA PARTE

---

#### CAPÍTULO PRIMERO

Final de otra novela.

#### I

«... ¿Se han reunido todos los ministros?... ¿Puede empezar el consejo?... ¡El coche, el coche, ó no llegaré á tiempo al Senado!... Esta vida es intolerable... ¡Y el país, ese bendito monstruo con cabeza de barbarie y cola de ingratitude, no sabe apreciar nuestra abnegación, paga nuestros sacrificios con injurias, y se regocija de vernos humillados! Pero ya te arreglaré yo, país de las monas. ¿Cómo te llamas? Te llamas *Envidiópolis*, la ciudad sin alturas; y como eres puro suelo, simpatizas con todo lo que cae... ¿Cuánto va? Diez millones, veinticuatro millones, ciento sesenta y siete millones, doscientas treinta y tres mil cuatrocientas doce pesetas con setenta y cinco céntimos...; esa es la cantidad. Ya no te me olvidarás, pícara; ya te pillé, ya no te me escapas, ¡oh cantidad temblo-

rosa, escurridiza, inaprehensible, como una gota de mercurio! Aquí te tengo dentro del puño, y para que no vuelvas á marcharte, jugando, al caos del olvido, te pongo en esta gaveta de mi cerebro, donde dice: *Subvención personal...* Permítame Su Señoría que me admire de la despreocupación con que Su Señoría y los amigos de Su Señoría confiesan haber infringido la Constitución... No me importan los murmullos. Mandaré despejar las tribunas... ¡A votar, á votar! ¿Votos á mí? ¿Queréis saber con qué poderes gobierno? Ahí los tenéis: se cargan por la culata. He aquí mis votos: me los ha fabricado Krupp... ¿Pero qué ruido es éste?... ¿Quién corretea en mi cerebro? ¡Eh!, ¿quién anda arriba?... Ya, ya; es la gota de mercurio que se ha salido de su gaveta...»

El que de tal modo habla (si merece nombre de lenguaje esta expresión atropellada y difusa, en la cual los retazos de oraciones corresponden al espantoso fraccionamiento de ideas) es uno de esos hombres que han llegado á perder la normalidad de la fisonomía, y con ella la inscripción aproximada de la edad. ¿Hállase en el punto central de la vida, ó en miserable decrepitud? La movilidad de sus facciones y el llamear de sus ojos, ¿anuncian exaltado ingenio, ó desconsoladora imbecilidad? No es fácil decirlo, ni el espectador, oyéndole y viéndole, sabe decidirse entre la compasión y la risa. Tiene la cabeza casi totalmente exhausta de pelo, la barba escasa, entrecana y afeitada á trozos, como un prado á medio segar. El labio superior, demasiado largo y colgante, parece haber crecido y ablandádose recientemente, y no cesa de agitarse con nerviosos temblores, que dan á su boca cierta semejan-

za con el hocico gracioso del conejo royendo berzas. Es pálido su rostro, la piel papirácea, las piernas flacas, la estatura corta, ligeramente corva la espalda. Su voz sonora regalaría el oído si su palabra no fuera un compuesto atornador de todas las maneras posibles de reir, de todas las maneras posibles de increpar, de los tonos del enfático discurso y del plañidero sermón.

Acércase á él un señor serio y bondadoso, pónese la mano en el hombro con blandura y cariño, le toma el pulso, lee brevemente en su extraviada fisonomía, en sus negras pupilas, en el caído labio, y volviéndose á un joven que le acompaña, dice á éste:

«Bromuro potásico, doble dosis.»

Sigue adelante el médico, y el paciente toma de nuevo su tono oratorio, tratando de convencer al tronco de un árbol. Porque la escena pasa en un gran patio cuadrilongo, cerrado por altos muros sin resalto ni relieve alguno que puedan facilitar la evasión. Árboles no muy grandes, plantados en fila, tristes y con poca salud, si bien con muchos pájaros, dejan caer uniformes discos de sombra sobre el suelo de arena, sin una hoja, sin una piedra, sin un guijarro, llano y correcto cual alfombra de polvo. Como treinta individuos vagan por aquel triste espacio; los unos lentos y rígidos como espectros, los otros precipitados y jadeantes. Éste da vueltas alrededor de dos árboles, trazando con su paso infinitos ochos, sin cesar de mover brazos, manos y dedos, fatigadísimo sin sudar y balbuciente sin decir nada, rugoso el ceño, huyendo con indecible zozobra de un perseguidor imaginario. Aquél, arrojado en tierra, aplica la oreja al polvo para

oir hablar á los antípodas, y su cara de idiota, plantada en el suelo, es como un amarillo melón que se ríe. Un tercero canta en voz alta, mostrando un papel ó estado sinóptico de los ejércitos europeos, con división de armas y los respectivos soberanos ó jefes, todo lo cual debe ser puesto en música.

El médico va de uno á otro, interrogándoles, contemporizando graciosamente con las manías de ellos, sin dejar de hacer objeciones discretas á cada una. Ya se detiene á echar un párrafo con aquél, de rostro estúpido, que lleva el pecho cargado de medallas, escapularios y amuletos; ya habla rápidamente con un viejecillo encanijado y risueño que, paseándose solo y tranquilo junto al muro, con un mugriento kempis en la mano, parece filósofo anacoreta ó Diógenes del Cristianismo, por el abandono de su traje y la unción bondadosa de su fisonomía. Es un sacerdote que tuvo mucho seso. Está meditando ahora la carta que ha de dirigir al Papa en este día, siguiendo una costumbre que se repite infaliblemente en los trescientos sesenta y cinco de cada año, y ya lleva veinte de encierro. Estrecha con mucho afecto la mano del doctor, échale unos cuantos latines muy bien encajados en la conversación, y por último pregunta si ha sido echada al correo su epístola del día anterior, á lo que contesta el médico que sí, y que forzosamente Su Santidad anda muy distraído en Roma cuando no se digna contestar á comunicaciones de tanta importancia.

Vuelve el médico hacia donde está el que en los primeros renglones hemos descrito, y antes de llegar á él dice al practicante:

«Este desgraciado Rufete va á pasar á *Pobres*,

porque hace tres meses que su familia no paga la pensión de segunda. El no se dará cuenta del cambio de situación. Si se exacerba esta tarde, será preciso encerrarle.»

Poniéndole la mano en el hombro, el facultativo dice á Rufete:

«Basta, basta ya de violencias. Ya hemos dicho que seremos amigos, siempre que usted no se me salga de las vías legales... El país le hará justicia... Calma, serenidad. Si pudiera usted dejar el poder por unos cuantos meses, ¡qué bien nos vendría á los dos! Nos dedicaríamos á curar radicalmente ese constipado...»

— No es constipado — replica Rufete con prontitud, describiendo arcos con la cabeza —. Es una gota de mercurio... Anda rodando y escurriéndose... Ahora está aquí, en la sien derecha... Ahora corre y pasa á la sien izquierda... Son ciento sesenta y siete millones, doscientas...

— Ya, ya sé... Yo quisiera que no se ocupase usted más de esa cantidad, puesto que está segura.

— No, no está segura — dice Rufete, demostrando terror —. No sabe usted qué guerra me hacen esos pillos. No me pueden ver. Pero yo gozo con sus infamias. Cuando un verdadero genio se empeña en subir á la gloria, la envidia le proporciona escaleras. Déme usted una envidia tan grande como una montaña, y le doy á usted una reputación más grande que el mundo... Adiós; me voy al Congreso. ¿No sabe usted que se han sublevado los maceros?... Abur, abur.»

El médico hace á su compañero la expresiva seña de *no tiene remedio*, y pasa adelante.

## II

No consta si fué aquel día ó el siguiente cuando trasladaron al infeliz Rufete desde el departamento de pensionistas al de pobres. En el primero había tenido ciertas ventajas de alimento, comodidad, luz, recreo; en el segundo disfrutaba de un patio insano y estrecho, de un camastrón, de un rancho. ¡Ay! Cualquiera que despertara súbitamente á la razón y se encontrase en el departamento de pobres, entre turba lastimosa de seres que sólo tienen de humano la figura, y se viera en un corral más propio para gallinas que para enfermos, volvería seguramente á caer en demencia, con la monomanía de ser bestia dañina. ¡En aquellos locales primitivos, apenas tocados aún por la administración reformista, en el largo pasillo, formado por larga fila de jaulas, en el patio de tierra, donde se revuelcan los imbéciles y hacen piruetas los exaltados, allí, allí es donde se ve todo el horror de esa sección espantosa de la Beneficencia, en que se reúnen la caridad cristiana y la defensa social, estableciendo una lúgubre fortaleza llamada manicomio, que juntamente es hospital y presidio! ¡Allí es donde el sano siente que su sangre se hiela y que su espíritu se anonada, viendo aquella parte de la humanidad aprisionada por enferma, observando cómo los locos refinan su locura con el mutuo ejemplo, cómo perfeccionan sus manías, cómo se adiestran en aquel arte horroroso de hacer lo contrario de lo que el buen sentido nos ordena!

Si en unos la afasia excluye toda clase de do-

lor, en otros la superficie alborotada de su ser manifiesta indecibles tormentos... ¡Y considerar que aquella triste colonia no representa otra cosa que la exageración ó el extremo irritativo de nuestras múltiples particularidades morales ó intelectuales... que todos, cuál más, cuál menos, tenemos la inspiración, el estro de los disparates, y á poco que nos descuidemos entramos de lleno en los sombríos dominios de la ciencia alienista! Porque no, no son tan grandes las diferencias. Las ideas de estos desgraciados son nuestras ideas, pero desengarzadas, sueltas, sacadas de la misteriosa hebra que gallardamente las enfile. Estos pobres orates somos nosotros mismos que dormimos anoche nuestro pensamiento en la variedad esplendente de todas las ideas posibles, y hoy por la mañana lo despertamos en la aridez de una sola. ¡Oh! Leganés, si quisieran representarte en una ciudad teórica, á semejanza de las que antaño trazaban filósofos, santos y estampistas, para expresar un plan moral ó religioso, no, no habría arquitectos ni fisiólogos que se atrevieran á marcar con segura mano tus hospitalarias paredes. «Hay muchos cuerdos que son locos razonables.» Esta sentencia es de Rufete.

El cual no se dió cuenta de aquella caída brusca desde las grandezas de pensionista á la humildad del asilado. El patio es estrecho. Se codean demasiado los enfermos, simulando á veces la existencia de un bendito sentimiento que rarísima vez habita en los manicomios: la amistad. Aquello parece á veces una Bolsa de contratación de manías. Hay demanda y oferta de desatinos. Se miran sin verse. Cada cual está bastante ocupado consigo mismo para cuidarse de los de-

más. El egoísmo ha llegado aquí á su grado máximo. Los imbéciles yacen por el suelo. Parece que están pastando. Algunos exaltados cantan en un rincón. Hay grupos que se forman y se deshacen, porque si no amistad, hay allí misteriosas simpatías ó antipatías que en un momento nacen y mueren.

Dos loqueros graves, membrudos, aburridos de su oficio, se pasean atentos como polizontes que espían el crimen. Son los inquisidores del disparate. No hay compasión en sus rostros, ni blandura en sus manos, ni caridad en sus almas. De todos cuantos funcionarios ha podido inventar la tutela del Estado, ninguno es tan antipático como el domador de locos. Carcelero-enfermero es una máquina muscular que ha de constreñir en sus brazos de hierro al rebelde y al furioso; tutea á los enfermos, les da de comer sin cariño, les acogota si es menester, vive siempre prevenido contra los ataques, carga como costales á los imbéciles, viste á los impedidos; sería un santo si no fuera un bruto. El día en que la ley haga desaparecer al verdugo, será un día grande si al mismo tiempo la caridad hace desaparecer al loquero.

Rufete huía maquinalmente de los loqueros, como si les odiara. Los funcionarios eran para él la oposición, la minoría, la prensa; eran también el país que le vigilaba, le pedía cuentas, le preguntaba por el comercio abatido, por la industria en mantillas, por la agricultura rutinaria y pobre, por el crédito muerto. Pero ya le pondría él las peras á cuarto al señor país, representado en aquellos dos señores tiesos, que en todo querían meterse, que todo lo querían saber, como si él, el eminentísimo Rufete, estuviera en tan alta

posición para dar gusto á tales espantajos. Le miraban atentos, y con sus ojos investigadores le decían: «Somos la envidia que te mancha para brufirte y te arrastra para encumbrarte.»

Todos los habitantes del corral tienen su sitio de preferencia. Esta atracción de un trozo de pared, de un ángulo, de una mancha de sombra, es un resto de la simpatía local que aquellos infelices llevan á la región de tinieblas en que vive su espíritu. Constantemente se agitaba Rufete en un ángulo del patio, tribuna de sus discursos, trono de su poder. La pared remedaba las murallas egipcias, porque el yeso, cayéndose, y la lluvia, manchando, habían bosquejado allí mil figuras faraónicas.

Cuando Rufete se cansaba de andar, sentábase. Tenía mucho que hacer, despachar mil asuntos, oír á una turba de secretarios, generales, arzobispos, archipámpanos, y después..., ¡ah!, después tenía que echar miles de firmas, millones, billones, cuatrillones de firmas. Se sentaba en el suelo, cruzaba los brazos sobre las rodillas, hundía la cara entre las manos, y así pasaba algunas horas oyendo el sordo incesante resbalar del mercurio dentro de su cabeza. En aquella situación, el infeliz contaba los ciento sesenta y siete millones de pesetas. Esto era fácil, sí, muy fácil; lo terrible era el pico de aquella suma. ¿Por qué se escapaban las cifras, huyendo y desapareciendo en menudas partículas del metal líquido por los intersticios del tul del pensamiento? Era preciso pensar fuerte y espesar la tela, para poder coger aquellas 233.412 pesetas, con sus graciosas crías los 75 céntimos.

Los vestidos de este sujeto sin ventura eran puramente teóricos. Había sobre sus miserables

y secas carnes algunas formas de tela que res-pondían en principio á la idea de camisa, de le-  
vita, de pantalón; pero más era por los pedazos  
que faltaban que por los pedazos que subsistían.  
¡Hacía tanto tiempo que su familia no le lleva-  
ba ropa!... Ultimamente le pusieron una blusa  
azul. Pero una mañana se comió la mitad. Era el  
más indócil y el peor educado de todos los habi-  
tantes de la casa. No obstante, sobre aquellos  
harapos se ponía todos los días una corbata no  
mala, liándose la con arte y esmero delante de la  
pared, hecha espejo de un golpe de imaginación.  
Aquél negro dogal sobre la carne desnuda del  
estirado cuello, impedíale á veces los movimien-  
tos; pero llevaba con paciencia la molestia en  
gracia del bien parecer.

Cuando anochechaba ó cuando el tiempo era  
malo, Rufete era el último que dejaba el patio.  
Comúnmente los loqueros se veían en el caso de  
llevarle á la fuerza. Dormía en una sala baja,  
húmeda, con rejas á un largo pasillo, el cual las  
tenía á la huerta. Desde los duros camastros  
veíase la espesura del arbolado; pero, al través  
de las rejas dobles, la alegría del intenso verdor  
llegaba á los ojos de los orates mermada ó casi  
perdida, con un efecto de país bordado en caña-  
mazo. En el dormitorio no cesaban, ni aun á  
horas avanzadas, los cantos y gritos. Las tinie-  
blas eran para la mayor parte de ellos lo mismo  
que el claro día. Algunos dormían con los ojos  
abiertos. Oíase desde la sala la murmuración del  
chorro de una fuente, la cual con tal constancia  
estimulaba el oído, que Rufete se pasaba horas  
enteras en conversación tirada con el agua char-  
latana en estos ó parecidos términos: «En todo  
lo que Su Señoría me dice, señor chorro, hay

mucha parte de razón y mucho que no puede  
admitirse. Subí al poder empujado por el país  
que me llamaba, que me necesitaba. El primer  
escalón fué mi mérito, el segundo mi resolución,  
el tercero la lisonja, el cuarto la envidia... ¿Pero  
qué habla usted de convenios reservados; de  
pactos deshonorosos? Cállese usted, tenga usted  
la bondad de callarse; le ruego, le mando á us-  
ted que se calle.»

Y colérico se abalanzaba á la reja, ponía el  
oído, hacía señales de conformidad ó denega-  
ción, oprimía los barrotes. La flúida elocuencia  
del chorro no tenía fin jamás. Era como uno de  
esos oradores incansables que siempre están ha-  
blando de sí mismos. La aurora le encontraba  
engolfado en la misma tesis, y á Rufete dicien-  
do con espantosa jovialidad: «No me convence,  
no me convence Su Señoría.»

¡La aurora!, aun en una casa de locos es ale-  
gre; aun allí son hermosos el risueño abrir de  
ojos del día y la primera mirada que cielo y tie-  
rra, árboles y casas, montes y valles se dirigen.  
Allí los pájaros madrugadores gorjean lo mis-  
mo que en las alamedas del Retiro sobre las pa-  
rejas de novios; el sol, padre de toda belleza, es-  
parce por allí los mismos prodigios de forma y  
color que en las aldeas y ciudades, y el propio  
airecillo picante que menea los árboles, que orea  
el campo, que estimula á los hombres al trabajo  
y lleva á todas partes la alegría, el buen apeti-  
to, la sazón y la salud, derrama también por  
todas las zonas del establecimiento su soplo vi-  
vificante. Las flores se abren, las moscas em-  
prenden sus infinitos giros, las palomas se lanzan  
á sus remotos viajes atmosféricos; arriba y abajo  
cada cual cede al impulso excitante según su

naturaleza. Los locos salen de los cuartos ó dormitorios con sus fieros instintos poderosamente estimulados. Redoblan, en aquella hora del despertamiento general, sus acostumbrados dislates, hablan más alto, ríen más fuerte, se arrastran y se embrutecen más; algunos rezan, otros se admiran de que el sol haya salido de noche, aquél responde al lejano canto del gallo, éste saluda al loquero con urbanidad refinada; quién pide papel y tinta para escribir la carta, ¡la indispensable carta del día!; quién se lanza á la carrera, huyendo de un perseguidor que aparece montado en el caballo del día, y todo aquel carnavalesco mundo comienza con brío su ordinaria existencia.

La numerosa servidumbre de la casa emprende la faena de limpieza, y estrépito de escobazos corre por salas y pasillos, confundiendo con el sacudir de ropas, el arrastrar de muebles. A misa llama la campana de la capilla, el Director administrativo sale de su despacho á inspeccionar los servicios, y las hermanas de la Caridad, alma y sostén del asilo por estar encargadas de su régimen doméstico, van y vienen con actividad de madres de familia. Sus faldas azules azotadas por enorme rosario, sus blancas tocas aladas, respetables y respetadas como enseña de paz, se ven por todas partes, entre el verdor de la huerta, entre los estantes de la botica, en la enorme cocina, cuyos hogares de hierro vomitan lumbre; en la despensa llena de víveres; en el lavadero, donde ya saltan los chorros de agua; en el alto secadero que domina la huerta, y en el patio de mujeres, en la región de las locas, que es el departamento del trabajo más penoso y de las dificultades más terribles.

¡Las locas! Estamos en el lugar espeluznante de aquel Limbo enmascarado de mundo. Los hombres inspiran lástima y terror; las hijas de Eva inspiran sentimientos de difícil determinación. Su locura es, por lo general, más pacífica que en nosotros, excepto en ciertos casos patológicos exclusivamente propios de su sexo. Su patio, defendido en la parte del sol por esteras, es un gallinero donde cacarean hasta veinte ó treinta hembras con murmullo de coquetería, de celos, de cháchara frívola y desacorde que no tiene fin, ni principio, ni términos claros, ni pausa, ni variedad. Oyese desde lejos, cual disputa de cotorras en la soledad de un bosque... Las hay también juiciosas. Algunas pensionistas, tratadas con esmero, están tranquilas y calladas en habitación clara y limpia, ocupándose en coser, bajo la vigilancia y dirección de dos hermanas de la Caridad. Otras se decoran con guirnaldas de trapo, de flores secas ó con plumas de gallina. Sonríen con estupidez ó clavan en el visitante extraviados ojazos.

También la hermosa mitad tiene sus jaulas de dobles rejas. No serían mujeres si no necesitaran alguna vez estar bajo llave. Es frecuente ver dos manos flacas y nerviosas asidas á una reja, y oír la voz ronca de una desgraciada que pide le devuelvan los hijos que nunca ha tenido. Hay una que corre por pasillos y salas buscando su propia persona.

Volvamos al patio de varones pobres. Aquel día faltaba en él Rufete. Creeríase que había crisis. Poco después de amanecer se dirigió al loquero y le dijo: «Hoy no estoy para nadie, absolutamente para nadie.» Después cayó en un marasmo profundo. Enmudeció. El chorro de la

fuente preguntaba por él y ninguno de los aislados allí presentes sabía darle razón.

Llevaronle á la enfermería. El médico mandó que le dieran una ducha, y fué llevado en brazos á la inquisición de agua. Es un pequeño balneario, sabiamente construído, donde hay diversos aparatos de tormento. Allí dan lanzazos en los costados, azotes en la espalda, barrenos en la cabeza, todo con mangas y tubos de agua. Esta tiene presión formidable, y sus golpes y embestidas son verdaderamente feroces. Los chorros afilados, ó en láminas, ó divididos en hilos penetrantes como agujas de hielo, atacan encarnizados con el áspero chirrido del acero; Rufete, que ya conocía el lugar y la maquinaria, se defendió con fiero instinto. Le abrazaron, oprimiéndole en fuerte anilla horizontal de hierro sujeta á la pared, y allí, sin defensa posible, desnudo, recibió la acometida. Poco después yacía aletargado en una cama con visibles apariencias de bienestar. Al fin durmió profundamente.

### III

A la misma hora que esto pasaba, una joven llegó á la puerta del establecimiento. Quería ver al señor Director, al señor facultativo, quería ver á un enfermo, á su señor padre, á un tal D. Tomás Rufete; quería entrar aunque se lo vedaran; quería hablar con el señor capellán, con las hermanas, con los loqueros; quería ver el establecimiento; quería entregar una cosa; quería decir otra cosa...

Estos múltiples deseos, que se encerraban en uno solo, fueron expresados atropelladamente

y con turbación por la muchacha, que era más que medianamente bonita, no por cierto muy bien vestida ni con gran esmero calzada. Temblaba al hacer sus preguntas y ponía extraordinario ardor en la expresión de su deseo. Sus ojos expresivos habían llorado, y aun lloraban algo todavía. Sus manos algo bastas, sin duda á causa del trabajo, oprimían un lío de ropa seminueva, mal envuelta en un pañuelo rojo. Rojo era también el que ella en su cabeza llevaba, descuidadamente liado debajo de la barba á estilo de Madrid. ¿Con qué prenda se cubriría? ¿Sotana, mantón, gaban de hombre? No: era una prenda híbrida, un arreglo del ruso al español, un cubrepersona de corte no muy conforme con el usual patrón. Ello es que su pañuelo rojo, sus lágrimas acabadas de secar, su gabán raído y de muy difícil calificación en indumentaria, su agraciado rostro, su ademán de resignación, sus botas mayores que los pies y ya entradas en días, inspiraban lástima.

No le fué difícil llegar al despacho del señor Director. Al verle y darse á conocer y preguntar por el Sr. Rufete, se le vinieron tantas lágrimas á los ojos y la garganta se le obstruyó de tal modo, que tuvo que callarse. El Director, hombre compasivo, la mandó sentar, rogándole que se calmase.

«Hace tres meses que no se ha pasado la pensión—dijo ella al cabo, metiendo la mano en alguna parte de su extraña vestimenta.»

Porque el gabán tenía un bolsillo hondo. Su autora había sido pródiga en esto, presumiendo tener mucho que guardar. De aquel pozo de tela sacó un paquete de papel que parecía contener dinero.



«Luego, luego veremos — dijo el Director, resistiéndose á tomar la suma —. ¡Ah! ¿también trae ropa? Veo que no se descuida usted... Está bien, bien. El pobre D. Tomás tenía ya mucha falta... Déjelo usted ahí. Luego... Siéntese usted y descanse.

— ¿Pero no le veré ahora mismo? — preguntó ella con ansiedad.

— No es fácil, no es fácil. Ya sabe usted que se excitan mucho al ver á las personas de su familia. Precisamente el pobre Sr. Rufete está sufriendo ahora una crisis bastante peligrosa.»

La del ruso cruzó las manos, y miró al techo.

«El señor facultativo está haciendo ahora la visita... Le hablaremos, veremos lo que dice. Si él consiente... Pero no lo consentirá. No conviene que usted vea á su señor padre ahora. Más tarde... Siéntese usted, tranquilícese. Ya, ya recuerdo cuando vino usted con él hace bastante tiempo. Usted se llama...

— Isidora, para servir á usted... ¡Pobrecito papá! Si no me le dejan ver, dígame usted que estoy aquí, que está aquí su Isidorita, que viene á darle un beso, que mañana traeré á Mariano, mi hermanito... ¡Ah, Dios mío!; pero él no entenderá, no entenderá nada. ¡Pobre hombre! ¿Y no hay esperanzas de que vuelva á la razón?»

El Director hizo signos de cabeza y boca sumamente desconsoladores. Parecía empeñado en quitar toda esperanza. Isidora, rendida de cansancio, se sentó en una banqueta. Habiéndole recomendado con frases convencionales, si bien generosas, la resignación y una tranquilidad que era imposible, el Director salió.

No se quedó sola la joven en el despacho. En un ángulo de éste había una mesa de escribir.

Sentado tras ella, con la espalda á la pared, un hombre escribía, fija la vista en el papel, trazando con seguro pulso esos hermosos caracteres redondos y claros de la caligrafía española. La mesa estaba llena de papeles que parecían estados, listas de nombres, cuentas con infinitas baterías de números. Un alto estante repleto de papeles y libros rayados indicaba que aquel buen señor de pluma y suma ayudaba al Director, cuya mesa no distaba mucho, en la difícil administración del Establecimiento. Era el tipo del funcionario antiguo, del ya fenecido covachuelista, conservado allí cual muestra del metódico, rutinario y honradísimo personal de nuestra primitiva burocracia. Era de edad proveya, pequeño, arrugadito, bastante moreno y totalmente afeitado como un cura. Cubría su cabeza con un bonetillo circular, ni muy nuevo ni muy raído; contemporáneo de los manguitos verdes atados á sus codos. Escribía con trazos tan seguros, uniformes y ordenados, que parecía escribientil máquina. Sin alzar los ojos del papel estiraba de rato en rato toda la piel de la boca, mostraba los dientes blancos, finos y claros, y por entre los huecos de ellos sorbía una gran porción de aire. Isidora, harto ocupada de su dolor, no hacía caso del anciano escribiente; pero éste no cesaba de echar ojeadas oblicuas á la joven como buscando un motivo de entablar conversación. Siendo al fin más fuerte que su timidez su apetito de charlar, rompió el silencio de esta manera:

«Señorita, ¿se cansa usted de esperar?... Todo sea por Dios. No hay más remedio que conformarse con su santa voluntad.»

A Isidora (¿por qué ocultarlo?) le gustó que

la llamaran señorita. Pero como su ánimo no estaba para vanidades, fijó toda su atención en las palabras consoladoras que había oído, contestando á ellas con una mirada y un hondísimo suspiro.

«Esta casa—añadió el amanuense dando á conocer mejor su voz melodiosa y dulce, que llegaba al alma — no es una casa de divertimiento; es un asilo triste y fúnebre, señorita. Yo me hago cargo, sí, señorita, me hago cargo de su dolor de usted...»

Y se envasó en el cuerpo, aspirándola por entre los dientes, otra gran cantidad de aire. Jugaba graciosamente con la pluma, y mojándola y sacudiéndola á golpecitos metódicos, prosiguió así:

«Pero no debe esperarse de este pícaro mundo otra cosa que penas, ¡ay!... penas y amarguras. Usted es joven, usted es una niña, y todavía... vamos, todavía no conoce más que las flores que suelen adornar al principio los bordes del camino; pero cuando usted ande más, más...»

Isidora dió otro suspiro. Grandísimo consuelo le infundían las palabras sensatas y filosóficas de aquel bondadoso sujeto, á quien desde entonces tuvo por sacerdote.

«¿Es usted... *por casualidad* sacerdote? — le preguntó con timidez.

— No, señora—repuso el otro escribiendo un poco —. Soy seglar. Hace treinta y dos años que trabajo en esta oficina. Pero volviendo al asunto, el mundo, señorita, es un valle de lágrimas. Váyase usted acostumbrando á esta idea. Afortunadamente hemos nacido y vivimos en el seno de la religión verdadera, y sabemos que hay un *más allá*, sabemos que en ese *más allá*,

señorita, nos aguarda el premio de nuestros afanes; sabemos que hemos de volver á ver á los que hemos perdido...»

El anciano se conmovió un poco, Isidora tanto, que volvieron á salir lágrimas de sus ojos. Llevándose á ellos la punta del pañuelo rojo, exclamó:

«¡Mi pobre enfermo!...

— ¡Ah!... ¡qué bello es el dolor de una hija!— dijo el bebedor de aire soltando resueltamente la pluma —, ¡cuán meritorio á los ojos de Aquel que todo lo ve, que todo lo pesa, que da á cada uno lo suyo!... Llore usted, llore usted; no seré yo quien trate de combatir su pena con consuelos triviales. Lo único que le diré es que la religión y el tiempo la curarán de este mal: la religión elevando su espíritu y haciéndole ver una segunda vida de premio y descanso donde los que hemos llorado seremos consolados, donde los que tuvimos hambre y sed de justicia seremos hartos; el tiempo pasando su mano suave, suave, por estas nuestras heridas y cerrándolas poco á poco. Usted es aún muy joven. Puede ser que el Señor le reserve aquí en la tierra algo de lo que, por no tener otra palabra, llamamos felicidades; usted será esposa de algún hombre honrado, madre de familia, dignísima abuela...»

Acababa de liar un cigarrillo, y con mucha finura dijo así:

«¿Le molesta á usted el humo del tabaco?

— ¡Oh! no, señor; no, señor.

— Más cómodamente estará usted en el sillón que en ese banco. ¿Por qué no se sienta usted allí?

— No, señor; muchas gracias. Aquí estoy bien.»

Isidora estaba encantada. La discreta palabra de aquel buen señor, realzada por un metal de voz muy dulce, su urbanidad sin tacha, un no sé qué de tierno, paternal y simpático que en su semblante había, cautivaban á la dolorida joven, inspirándole tanta admiración como gratitud. El ancianito la miraba como para inundarla, digámoslo así, con las corrientes de bondad que afluían de sus ojos. Había en su mirar tanta compasión, un interés tan puro y cristiano, que la pobre joven se felicitó interiormente de aquella amistad que le deparaba Dios en momentos de aflicción. Pensándolo así y dando gracias á Dios por un socorro moral de tanta valía, se sintió tocada del deseo de confiarse, de abrir un poco su corazón para mostrar sus penas. Era naturalmente expansiva, y las circunstancias la ponían en el caso de serlo más aún que de ordinario.

«¿Conoce usted á mi padre?—preguntó.

—Sí, hija mía, le conozco, y me da mucha lástima... Bastante se ha hecho en la casa por aliviar sus penas y combatir sus manías... Pero Dios no ha querido. Contra Él no se puede nada. Consolémonos todos pensando en que la grandiosa armonía del mundo consiste en el cumplimiento de la voluntad soberana.»

Esta sentencia afectó á la de Rufete, haciéndola pensar en lo cara que á ella sola le costaba la armonía de todos. Enjugándose otra vez las lágrimas, dijo así:

«¡Y si viera usted qué bueno ha sido siempre!... ¡Cuánto nos quería! No tenía más que un defecto, y es que nunca se contentaba con su suerte, sino que aspiraba á más, á más. Es que el pobrecito tenía talento, se encontraba siempre

en último lugar debiendo estar en el primero... ¡Hay en el mundo cada injusticia...! Por eso él no se conformaba nunca, y estaba siempre de mal humor y se enojaba y reñía con mi madre. Como era caballero y sus posibles no le daban para portarse como caballero, padecía lo indecible. Y no es que no trabajase... Iba á la oficina casi todos los días y se pasaba en ella lo menos dos horas. Fué secretario de tres Gobiernos de provincia y no llegó á gobernador por intrigas de los del partido. Mi madre le decía: «¡Ah!, mejor te valdría haber aprendido un oficio que no vivir colgado á los faldones de los ministros, hoy me caigo, hoy me levanto... ¡Pero quial! él sabía de oficina más que la *Gaceta*, y cuando hablaba de las rentas, del presupuesto y de esas cosas de gobernar, todos los que le oían estaban asombrados. Su padre, mi abuelito, había sido también de oficina. El pobre murió de mala manera. ¿Le conoció usted?...

—No, hija mía. Siga usted, que la oigo con mucho interés.

—Fué, en no sé qué tiempos, de la Milicia Nacional, hizo barricadas, hablaba mucho, y para él todos los que gobernaban eran ladrones. Cuando yo era niña jugaba con el morrión de mi abuelo... ¡Qué cosas!... Oiga usted... El que llamo mi padre fué más listo que el que llamo mi abuelo. ¡Oh!, sí, era caballero y tenía talento. En el partido le temían. El mismo lo decía: «Yo tengo que llegar adonde debo llegar, ó me volveré loco...» ¡Pobrecito! Cuando estaba cesante se desesperaba. Iba á las sesiones del Congreso y hacía mucho ruido en la tribuna aplaudiendo á la oposición. Salía de Madrid con recados secretos. No hablaba más que de la que

se iba á armar, de una cosa tremenda..., ¿me entiende usted?»

El anciano, después de tragarse la mitad de la atmósfera del cuarto, hizo signos afirmativos, arqueando las cejas y sonriendo como hombre conocedor de las debilidades de sus semejantes.

«La última vez que le dejaron cesante, nos vimos tan mal, tan mal, que no se podía esperar á que le colocaran. Yo trabajaba; mi mamá cayó enferma; mi padre entró de corrector de pruebas en una imprenta donde se hacía un periódico grande, muy grande... Trabajaba todas las noches junto á un quinqué de petróleo que abrazaba la frente. Se tragaba mil discursos, artículos, sueltos, decretos, y cuando llegaba la mañana (porque el trabajo duraba toda la noche) y volvía á casa, no descansaba, no, señor. ¿Qué creerá usted que hacía? Pues ponerse á escribir. Todos los días entraba con una mano de papel y la llenaba de cabo á rabo. ¿Qué creerá usted que escribía?»

— Cartas al Soberano, al Santo Padre, á los embajadores y ministros. Por ahí empiezan muchos.

— ¡Quia!; no, señor. Escribía decretos, leyes y reales órdenes. Aunque al salir de su cuarto cerraba siempre, yo hallé una noche medios de abrir, y vimos todo. Mi mamá y yo decíamos: «Quizás esté copiando para traernos algo de comer.» ¡Qué chasco nos llevamos!; todo se volvía: *Artículo primero*, tal cosa; *artículo segundo*, tal cosa. Y luego: *Quedo encargado de la ejecución del presente decreto*. Hacía preámbulos atestados de disparates. Conforme llenaba pliegos los iba coleccionando con mucho cuidado, y á

cada legajo le ponía un letrero diciendo: *Deuda Pública, ó Clases Pasivas, Aduanas, Bancos, Amillaramientos*. También ponía en ciertos paquetes rótulos que no entendíamos, porque eran ya locura manifiesta, y decían: *Ruinas, ó bien Fanatismo, Barbarie, Urbanización de Envidiópolis, Vidrios rotos, Sobornos, Subvención Personal*, y así por este estilo. «¡Ay Dios mío!—dijimos mamá y yo—; ya no tenemos marido, ya no tenemos padre. Este hombre está loco.» Estuvimos llorando toda la noche.

— Todo sea por Dios — dijo con emoción el viejo, al ver que Isidora se interrumpía para llorar —. Pero ¿qué es eso, hija mía, comparado con lo que Cristo padeció por nosotros?

— Mi madre murió en aquellos días — prosiguió Isidora, casi completamente ahogada por el llanto —. Aquel día, ¡oh Dios mío, qué día!, mi padre hizo los disparates más atroces; no lloró, no se afectó nada. Cuando mi madre expiró en mis brazos, él dió dos ó tres paseos por el cuarto, y mirándome con unos ojos..., ¡Jesús, qué ojos!..., me dijo: «Se le harán los honores de tenienta generala muerta en campaña...» No puedo recordar estas cosas; me muero de pena. Fué preciso encerrarle aquí. Un pariente bastante acomodado que teníamos en el Tomelloso se condolió de mí y ofreció dar la pensión de segunda. Yo me fuí á la Mancha con él, y mi hermanito se quedó aquí con una tía de mi madre. Pasado algún tiempo, mi tío el canónigo se olvidó de pagar la pensión. Es el mejor de los hombres; pero tiene unas rarezas...»

Desde la mitad de esta relación, ya tenía Isidora que beberse las lágrimas entre palabra y palabra. El bendito señor que la oía, enterneci-

do de tanta desdicha, levantóse de su asiento y dió algunos pasos para vencer su emoción.

«Todo sea por Dios — dijo liando nerviosamente otro cigarrillo —. Noble criatura, su juventud de usted ha sido muy triste; ha nacido usted en un páramo...

— Y todo cuanto he padecido ha sido injusto — añadió ella prontamente, sorbiendo también una regular porción de aire, porque todo es contagioso en este mundo—. No sé si me explicaré bien; quiero decir que á mí no me correspondía compartir las penas y la miseria de Tomás Rufete, porque aunque le llamo mi padre, y á su mujer mi madre, es porque me criaron, y no porque yo sea verdaderamente su hija. Yo soy...»

Se detuvo bruscamente por temor de que su natural franco y expansivo la llevase, sin pensarlo, á una revelación indiscreta. Pero el escribiente, con esa rapacidad de pensamiento que distingue á los hombres perspicaces, se apoderó de la idea apenas indicada, y dijo así:

«Sí, entiendo, entiendo. Usted por su nacimiento pertenece á otra clase más elevada; sólo que circunstancias largas de referir la hicieron descender... ¡Cosas de Nuestro Padre que está en los Cielos! El sabrá por qué lo hace. Acate-mos sus misterios divinos, que al fin y á la postre siempre son para nuestro bien. Usted, señorita — añadió tras breve pausa, quitándose cortesanamente la gorra —, no ve, no puede ver en el infelicísimo Rufete más que un padre putativo, tal y como el Santo Patriarca San José lo era de Nuestro Señor Jesucristo.»

¡De qué manera tan clara relampagneó el orgullo en el semblante de Isidora al oír aque-

llas palabras! Su rubor leve pasó pronto. Sus labios vacilaron entre la sonrisa de vanidad y la denegación impuesta por las conveniencias.

«Yo no quisiera hablar de eso—dijo tomando un tonillo enfático de calma y dignidad, que no hacía buena concordancia con su ruso—. ¡Respeto tanto al que llamo mi padre, le quiero tanto, nos quiso él tanto á mí y á mi hermanito!..., ¡fuimos tan mimados cuando éramos niños!... Nos hacía el gusto en todo, y como entonces mandaba el partido y él tenía una buena colocación (porque estaba en Propiedades del Estado), vivíamos muy bien. En aquella época Rufete puso nuestra casa con mucho lujo, con un lujo... ¡Dios de mi vida! Como él no tenía más idea que aparentar, aparentar, y ser persona notable...

—Hija mía—dijo el anciano con vivacidad—, una de las enfermedades del alma que más individuos trae á estas casas es la ambición, el afán de engrandecimiento, la envidia que los bajos tienen de los altos, y eso de querer subir atropellando á los que están arriba, no por la escalera del mérito y del trabajo, sino por la escala suelta de la intriga, ó de la violencia, como si dijéramos, empujando, empujando...»

No bien hizo el venerable sujeto esta substancial observación, que indicaba tanto juicio como experiencia, marchó con acompasado y no muy lento andar hacia el rincón opuesto del despacho. Reflexionaba Isidora en aquellas sabias palabras, fijos los ojos en las rayas de la estera de cordoncillo; pero su pena y la situación en que estaba la reclamaron, y volvió á suspirar á asombrarse de que el Director tardase tanto. Cuando alzó los ojos, el anciano pasaba por

lante de ella en dirección de la mesa; en seguida pasaba de nuevo en dirección del ángulo. Sin advertir que el buen señor estaba muy agitado, sin duda por hacerse generosamente partícipe de las penas que había oído referir, Isidora se distraía un poco, pues por grande que sea una desdicha y por mucho que embargue y ahogue, hay momentos en que deja libre el espíritu para que dé un par de vueltas ó paseos por el campo de la distracción, y se fortifique antes de volver al martirio. Un dilatado aburrimiento, un largo período de antesala, ayudan este fenómeno del alma.

Como en el despacho aquel reinaban el silencio y la calma; como en el pasar y repasar del anciano escribiente había algo de oscilación de péndulo; como, además, del propio interior de Isidora se derivaba una dulce somnolencia que aletargaba su dolor, la joven se entretuvo, pues, un ratito contemplando la habitación. ¡Qué bonito era el mapa de España, todo lleno de rayas divisorias y compartimientos, de columnas de números que subían creciendo, de rengloncitos estadísticos que bajaban achicándose, de círculos y banderolas señalando pueblos, ciudades y villas! En la región azul que representaba el mar, multitud de barquitos precedidos de flechas marcaban las líneas de navegación, y por la gran viñeta de la cabecera menudeaban las locomotoras, los vapores, los faros, y además muelles llenos de fardos, chimeneas de fábricas, ruedas dentadas, globos geográficos, todo presidido por un melencudo y furioso león y una señora con las carnes bastante más descubiertas de lo que la honestidad exige... ¡Qué silencio tan hondo y suave se aposentaba en la sosegada es-

tancia, y cómo se sentía el ambiente puro del campo! Sólo cuando se abría la puerta entraba un eco lejano y horripilante de risas y gritos que no eran como los gritos y risas del mundo. ¡Y cuántos y cuán bonitos libros encerraba el armario de caoba, sobre el cual gallardeaba un busto de yeso! Aquel señor blanco sin niñas en los ojos, con los hombros desnudos como una dama escotada, debía de ser alguno de los muchos sabios que hubo en tiempos remotos, y en él, en el estante de los libros y en el mapa gráfico-estadístico se cifraba toda la sabiduría de los siglos.

En este reconocimiento del lugar empleó Isidora menos de un minuto. De pronto se fijó en el anciano, que seguía pasando por delante de ella con rapidez creciente, y se asombró de ver la agitación de sus manos, el temblor de sus labios y la vivacidad de sus ojos, apariencias muy distintas de aquella su anterior facha bondadosa y simpática. Parándose ante Isidora, exclamó con palabra torpe y muy conmovida:

«Señora, nunca hubiera creído esto en una persona como usted.

— ¡Yo! — murmuró Isidora llena de espanto.

— ¡Sí — dijo el otro alzando la voz —, usted me está insultando; usted me está insultando.»

El disparatado juicio, la voz alterada del viejo, su agitación creciente, fueron un rayo de luz para Isidora. Se levantó buscando la puerta; corrió hacia ella despavorida. El terror le daba alas. Entretanto el anciano gritaba:

«Insultándome, sí, sin respeto á mis canas, á mis sufrimientos de padre... ¡Oh, Señor! Perdónala, perdónala, Señor, porque no sabe lo que se dice.»

Isidora salió al pasillo cuando llegaba el Director, que al instante comprendió la causa de su miedo. Sonriendo, la tomó de la mano para obligarla á entrar.

«El pobre Canencia... — dijo —. Cosa rara... Hace tanto tiempo que está tranquilo... Pero es un ángel, es incapaz de hacer el menor daño.»

Ambos le miraron. El semblante del anciano no expresaba ira, sino emoción, y dos lágrimas rodaban por sus mejillas.

«También usted me insulta, señor Director — dijo oprimiéndose el pecho, y con la entonación y los ademanes de un cómico mediano —. No puedo más, no puedo más... ¡Adiós, adiós, ingratos!»

Y salió escapado.

«Eso le pasa pronto — indicó el Director á Isidora, que aún no había vuelto de su espanto —. Es un bendito; hace treinta y dos años que está en la casa y pasa largas temporadas, á veces dos y tres años, sin la más ligera perturbación. Sus accesos no son más que lo que usted ha visto. Principia por decir que tiene dos máquinas eléctricas en la cabeza y luego sale con que le insulto. Echa á correr, da unos cuantos paseos por la huerta, y al cabo de un rato está ya sereno. Trabaja bien, me ayuda mucho, y, como usted habrá visto si le ha oído, es de encargo para dar consejos. Parece un santo y un filósofo. Yo le quiero al pobre Canencia. Vino por cuestiones y pleitos con sus hijos... Historia larga y triste que no es de este lugar. Vamos á la de usted, que tampoco es alegre, y hoy menos que nunca.»

El Director dió un gran suspiro, expresión oficial de sus sentimientos compasivos, é Isido-

ra quedóse fría, aguardando terribles noticias. ¡Cómo miraba al buen señor, deletreando en su cara, y qué bien le decía ésta que no esperara nada bueno!

«Yo quisiera verle... — balbució Isidora.

— Eso es imposible. ¡Verle!, ¿y para qué?... Mal, muy mal está el pobre Rufete — afirmó el Director, moviendo la cabeza —. Llénese usted de paciencia, porque, verdaderamente, si esta enfermedad es incurable, si no cesa de atormentarse el que la padece, mejor es que se vaya á descansar... Yo, lo digo con franqueza, si tuviera alguna persona de mi familia en ese estado, desearía...»

Trabajo le costó á Isidora admitir la funesta verdad que se le quería anunciar con caritativas precauciones, y tragando saliva para deshacer aquel nudo que en su garganta se formaba, habló con medias palabras de esta manera:

«Quién sabe... Todavía... Pero yo quiero verle.

— Vamos, que no... Ya...»

El buen señor estaba impaciente. Tenía que hacer.

«Siéntese usted... — murmuró acercando un sillón —. ¿Quiere usted que le traigan un vaso de agua?»

Isidora no decía nada. Sus ojos, aterrados, se clavaron en el busto de yeso. Lo examinó bien y estúpidamente, viéndole con claridad, por esa atracción rara que en el momento de recibir una noticia grave ejerce sobre los sentidos un objeto material cualquiera, que luego queda por algún tiempo asociado á la noticia misma...

## IV

Al mismo tiempo que Isidora contaba sus desdichas al inocentísimo Canencia, ocurría no lejos de allí un hecho que, con ser muy triste, no afectaba grandemente á los que lo presenciaban. Eran éstos el Director facultativo, el administrativo, un practicante, alumno de Medicina, el capellán y un enfermero. El moribundo, pues de morir un hombre se trata, era Rufete. La crisis era violenta y calmosa, de desarrollo fácil y término decidido. El enfermo apenas tenía movimiento y vida más que en la cabeza; no padecía nada; se iba por rápida y llana pendiente, sin choque, sin batalla, sin convulsiones, sin defensa.

«Muere bien»—dijo en voz baja el médico.

El paciente dió un gran suspiro, abrió los ojos, miró á todos uno por uno; y no con furia, no con espasmos de insensato, ni iracundas re-  
criminationes, sino con apagada voz, con sentimiento tranquilo, que más que nada era profundísima lástima de sí mismo, pronunció estas palabras:

«Caballeros, ¿es cierto lo que me figuro?... ¿Es cierto que estoy en Leganés?»

El médico le quiso consolar con palabras campechanas.

«Hombre, no sea usted tonto...; si está usted en su casa... Vamos, que se va usted á poner bueno.»

El enfermo movió tristemente la cabeza. Permaneció largo rato mudo. Después tomó la mano del cura, la besó... Quiso hablar, no pudo, se le

vió luchar con la palabra. Al fin, tras un desesperado esfuerzo de voluntad, pudo decir á media voz:

«Mis hijos..., la marquesa...»

Y calló para siempre. Médico y aprendiz observaron con la atención y la frialdad de la ciencia aquel caso de tránsito, y después se fueron á extender el parte. Acercóse á ellos el Director manifestándoles con más lástima que alarma la presencia en la casa de una hija del muerto. El aprendiz de médico declaró al punto conocerla, y alegrándose de que allí estuviera, quiso participar de las dificultades de darle la noticia y del compromiso de consolarla y darle algún socorro si lo había menester.

Fué el Director á su despacho en busca de Isidora, y allí pasó lo que referido queda. Ya la desgraciada joven del ruso empezaba á comprender la certeza de su desdicha, cuando entró en el despacho un mozo como de veinticuatro años, el cual, llegándose á ella con muestras de confianza, le dijo:

«¿Conque usted por aquí, Isidora?... ¡Y en qué momento tan triste!... ¿Pero no me conoce usted? ¿Tan desmemoriados estamos, Isidora? ¿No se acuerda usted de D. Pedro Miquis, el del Toboso, que iba muchas veces al Tomelloso á buscar á su tío de usted, el señor Canónigo, para salir juntos de casa? Pues yo soy hijo de D. Pedro Miquis. ¿No se acuerda usted tampoco de mi hermano Alejandro? ¿No se acuerda de que algunas veces, por vacaciones, íbamos acompañando á mi padre?... Pues hace cinco años que estoy aquí estudiando Medicina. ¿Y cómo está su señor tío? ¿Hace mucho que ha dejado usted aquél célebre Tomelloso?...»



Isidora le miraba por una rasgadura hecha en la nube negra de su pena; le miraba y le reconocía. Sí, su memoria se iba iluminando ante aquella fisonomía que con ninguna otra podía confundirse. Aquel semblante pálido y moreno, tan moreno y tan pálido que parecía una gran aceituna; aquella brevedad de la nariz contrastando con el grandor agraciado de la boca, cuyos dientes blanquísimos estaban siempre de manifiesto; aquella ceja ancha, tan negra y espesa que parecía cinta de terciopelo, y aquellos ojos garzos donde anidaban traidoras todas las malicias y toda la ironía del mundo; aquella fealdad graciosa, aquella desenvoltura de maneras, aquel abandono en el vestir, y, por último, la desenfadada manera de insinuarse, pregonaban, sin dejar lugar á dudas, á Augustito Miquis, el hijo de D. Pedro Miquis, el del Tomelloso. De golpe entraron á la mente de Isidora ideas mil y recuerdos de una época en que la infancia se confundía con la adolescencia, época de tonterías, de miedos, de inocentes confianzas y de lances cuya memoria no siempre es agradable. No acertó á contestar sino con medias palabras. Miquis se hizo cargo de la situación, y poniéndose todo lo serio que podía, cosa en él de grandísima dificultad, dijo en tono grotescamente compungido:

«Lo primero es que usted salga de esta casa...; ¡ay qué casa!... Nada hay que hacer aquí. Si va usted á Madrid tendré mucho gusto en acompañarla.»

Isidora manifestó deseos de marcharse pronto. Quiso dejar el dinero que había traído para pagar los atrasos de la pensión de Rufete, pero el Director no lo consintió. En cuanto á las ropas,

tanto instó al bondadoso señor para que las admitiera, que éste hubo de dejarlas, dando las gracias en nombre de los demás enfermos pobres que tanto las necesitaban.

Salieron Isidora y Augusto de la morada de la sinrazón y se alejaron silenciosos del tristísimo pueblo, en el cual casi todas las casas albergan dementes. Isidora no hablaba, y el charlatán Miquis, respetando su dolor, tan sólo indicó esto:

«En Carabanchel hallaremos coches. Dicen que van á poner un tranvía.»

Al llegar al arroyo de Butarque, Miquis creyó oportuno distraer á su compañera de viaje, porque realmente, ¿á qué conducía aquel llorar continuo, si nada podía remediarse? Era preciso hacer frente al dolor, fiero enemigo que se ceba en los débiles; convenía sobreponerse, pues... hacerse cargo de que... Tras estos emolientes que hicieron, como siempre, un efecto completamente nulo, Miquis habló de la belleza del primavera día (que era uno de los hermosos de abril), del barranco de Butarque, á quien dió el nombre de oasis, y finalmente invitó á Isidora á descansar á la sombra de un espeso y verde olmo, porque picaba el sol y la jornada iba á ser un poco larga.

Sentados uno junto á otro, callaron largo rato, él contemplativo, dolorida ella. Miquis canturriaba entre dientes. Isidora cuidaba de ocultar sus pies para que Miquis no viera lo mal calzados que estaban.

«Isidora...

— ¿Qué?

— No me acuerdo bien de una cosa. Ayude usted mi memoria. ¿Es cierto ó no que en el Tomelloso nos tuteábamos?»